



Garazi Albizua
Termita



Galaxia Gutenberg

Serie dirigida

por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste

Luces de invierno, Irati Elorrieta

Una nueva tierra salvaje, Diane Cook

Sin tocar el suelo, Jokin Muñoz

Nosotros no ahorcamos a nadie, Unai Elorriaga

Frutos salvajes, Sheng Keyi

Parentesco animal, Noelia Adánez

Mis hombres, Victoria Kielland

GARAZI ALBIZUA

Termita

Prólogo de
Eduarne Portela

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y
Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2024

© Garazi Albizua, 2024
© del prólogo: Edurne Portela, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12234-2024
ISBN: 978-84-10107-89-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prólogo de Edurne Portela

En la literatura, la abuela suele ser un personaje secundario que se representa normalmente con ternura y nostalgia porque pertenece al territorio supuestamente idílico de la infancia. La relación con la abuela se establece a partir de lazos afectivos poco complicados, incluso, en ocasiones, insustanciales. La abuela que mimaba, la abuela que enseñaba lecciones inolvidables, la abuela que preparaba los dulces de los que nadie conserva ya la receta, la abuela que ofrece protectora su seno... La abuela de *Termita* es, por el contrario, una abuela-bicho a quien «le cruzan el rostro dos rendijas amarillentas que simulan ser ojos humanos», una abuela áspera, una abuela que escapa a las convenciones, como también lo hace su nieta, protagonista y voz narrativa de esta singular novela.

Termita narra, en primera persona, el día a día de una mujer ya no tan joven que vive con su abuela y que trabaja de teleoperadora. Esta voz narrativa es rebelde y macarra, irónica e impredecible. No cumple ninguna de las expectativas que la sociedad patriarcal impone sobre la mujer: su cuerpo no normativo, su sexualidad voraz, su rechazo al papel de cuidadora y su condición de no-madre la convierten, a ojos de otros, en un ser marginal. Pero la voz narrativa se rebela contra esa marginalidad, no narra desde la condición de víctima, no pretende dar pena ni apelar a la empa-

tía. Se expresa sin ningún tipo de conmiseración en capítulos breves de escritura destilada y rotunda, manejando con gran inteligencia las elipsis y los silencios. Con un aura punk triste que lo impregna todo, reflexiona sin tapujos sobre su relación con la comida, el sexo, la explotación laboral, los afectos; sobre cómo la pobreza y la exclusión social se heredan, cómo las violencias pasadas se reproducen, generación tras generación, en los cuerpos de las menos privilegiadas. Y también expresa, rompiendo estereotipos y con suma originalidad, el amor entre una nieta y su abuela. *Termita* es toda una impugnación a las convenciones sociales y familiares, a las obligaciones laborales y afectivas del capitalismo. Y también una impugnación a las expectativas y las estructuras de la novela y de la ficción.

Garazi Albizua es una escritora fresca y feroz, original y sagaz, que construye en *Termita* un mundo y lenguaje propios a través de los cuales desvela nuestra condición contemporánea.

TERMITA

«Come»

El frío tensa la cocina. El llanto de dos de los críos se ha vuelto un mantra. Un ruido más que, a base de sufrirlo constantemente, se amortigua. Se interioriza para no ser atendido: lloran de hambre.

La madre reúne a los que puede en la cocina: que coman calor. Pensaba que iba a llorar ella también, que iba a sentir un puñetazo en el estómago.

Pero no lo hace y lo tiene todo bien pensado: coge a la cría del pescuezo y la lleva a la esquina de la cocina, la niña se deja mover. La madre saca algo del bolsillo del delantal y lo pone con un movimiento feroz en la mano de la pequeña.

–Come –le dice.

Esperanza abre la mano y ve el trozo de queso. No lo duda. Lo engulle.

I

Esperanza

Si salgo nada más escampa, cuando el olor cambia y se vuelve blando, la terraza es un lugar seguro. El espacio de baldosas ocre funciona como un atrapasueños durante unos minutos. Una franja que divide la vida de la casa y la vida de fuera. La humedad se mastica, sabe a ácaros del polvo del hogar y a los microbios contaminados de la ciudad. En esos ochenta y siete segundos de libertad ambarina soy *casi* feliz. Después, vuelve la calma.

Absurda y jodida calma.

Escucho el cuerpo de la Termita. Se ha despertado. Le cruzan el rostro dos rendijas amarillas que simulan ser ojos humanos, pero la gente que se atreve a pasar por aquí cree que pertenecen a un demonio. Les doy la razón.

Es mi abuela.

II

La Alameda

En las calles limpias y anchas de La Alameda me evitan si voy sola. En La Alameda me evitan si no estoy con mi madre o si no precisan de algún tipo de ayuda. Cuando buscan algo de mí, me lo cuentan rápido; sin alzar la mirada.

Me inquieta la forma de vestirse de la gente. Utilizan la ropa como si fuese parte de su piel; la nutren, le sacan brillo, la planchan y le echan suavizante. Crean su propia vitrina tras la que mostrarse. Huelen mi ansia y, por eso, se alejan. Nos identificamos con un gesto mudo, entendemos esa verdad rotunda que existe en silencio: ocupamos distintos estantes.

No hay espejos en la casa, la Termita los rompió hace tres semanas, y me da miedo observar mi reflejo en los escaparates. Los rostros de quienes me hablan no me revelan nada; cabizbajos, fijan la mirada en la punta de mis botas o en el dobladillo del pantalón. Rara vez se aventuran más allá de las rodillas.

Yo también me fijo en su calzado. Limpio, nuevo o reluciente. Algún zapato, quizá, manchado de barro. Unos mocasines de charol negro se han detenido delante de mí. Los cordones están anudados de forma impoluta, la lazada parece imposible. Busco si hay alguna cremallera en el costado interior del zapato. Quizá el lazo venga de serie. No la encuentro. No tienen ni una sola mancha. Me pregunto qué

calles han pisado y cuáles han evitado. Cuántos metros han recorrido desde que han salido al asfalto.

Dan dos golpes nerviosos sobre el adoquín.

—¿Qué quieres? —pregunto, desafiante.

Nadie responde. La dueña de los mocasines me desliza con sigilo un papel arrugado para que yo, su Caronte improvisado, se lo pase a mi abuela. Después, da la vuelta. Se aleja.

Siento el eco de sus pisadas como un reclamo de algo que desea engullirme, llevarme consigo a la colmena. A la pertenencia. Es un ruido sombrío, tribal, de tambores primitivos. Un canto dirigido a una lluvia que no llegará, pero que une al enjambre en una danza paranoica.

Recorro con la mirada las piernas torneadas causantes de la percusión, envueltas en una media negra mate, a medio tragar por una falda de tubo y adornadas con una chaqueta americana que, con cada paso, acaricia parte del culo. Me quedo prendada del ritmo. De su andar. Un escalofrío me despierta. Pienso dónde he visto algo parecido. En una película, en quince. En una fotografía de una revista, de trece. Qué más da. Ese caminar pertenece al brillo cuché, a las páginas de muchas novelas y a cualquier tipo de ficción en la que no puedo entrar.

No quiero. Me lo repito muchas veces, rápido, susurro el mantra que me aleja del zumbido de los mocasines. No. Yo no voy. Yo no quiero. No quiero. No.

La ropa lucha con mi cuerpo. Se dobla donde no debe, se arruga, se mancha y se rasga.

Me chilla, enfadada: se rebela. Me tapa como un regalo envuelto con poco celo, pero yo me defiendo: estiro, cedo, corto, amanso y obligo a las prendas a tocarme. A tocar

toda mi celulitis. Mis pecas. Mis lorzas. La sequedad de mis codos. Mis tetas desiguales. Mis pelos sin depilar. Mi espalda ancha. Algún moretón provocado por un golpe contra los muebles de la casa, contra el asiento del autobús o contra una silla giratoria, anclada al suelo de cualquier bar.

Cruzo la calle mirando los balcones, así me obligo a caminar erguida y doy la sensación de ser una mujer fuerte. A medida que dejo atrás el pavimento de pentágonos rojizos, crezco. Me vuelvo más alta, me suelto el pelo, brilla. Para cuando llego al trabajo, me he convertido en la empleada que desean tener.

III

Lo que tienen

Durante las ocho horas y media de jornada laboral me empleo a fondo para mantener el ardid.

Me ayudo de uno de los amuletos que me regaló la Termita cuando aún era una abuela de esas que huelen a Nivea y a caramelos mentolados. Yo tendría nueve o diez años, cuando aún era una de esas nietas que van de visita con vino y queso bajo el brazo a casa de la yaya. Tan sólo una cría más con tierra en las manos y chicle pegado en la comisura de los labios. Entonces, amasábamos rosquillas: ella las golpeaba. Fuerte. Aferraba la masa con sus garras de cuervo, una por arriba y otra por abajo, y justo cuando iba a estampar el amasijo de harina y agua contra la mesa, retiraba, rauda, la zarpa. Yo deseaba que fallara, que no le diese tiempo, que no pudiese librarse del golpe. Ella lo sabía y me revolvía el pelo con el rastro pegajoso de la harina, agua, azúcar y serrín del mueble mientras se reía.

Más tarde, crecí y me regaló el macuto.

Nunca me separo de él, aunque no me sirva para guardar las llaves ni la cartera ni las monedas sueltas. La tela descosida se las traga y las escupe cuando menos lo espero: en el vacío entre el coche y el andén, en la puerta del supermercado, o, si está de buenas, en el suelo pringoso de algún bar. Miro el bolso como si formase parte de una trama de una

serie televisiva. Alimento a mi Tántalo interior a base de historias de Netflix, de HBO o de Amazon Prime.

Héctor me habla de Tántalo el verano que cumpla los quince. En el pueblo. Una de las veces que damos esquinazo a mi primo Jorge y nos escapamos al cementerio.

–¿Quién te gusta más, Silvia o yo? ¡Y no digas Jorge!
–me pregunta Héctor mientras me coge fuerte de las muñecas–. Eres como Tántalo.

Héctor es mayor que yo, lleva gafas y lee libros gordos.

–No sabes ni quién es, ¿verdad?

Niego con la cabeza y me acerco aún más a él.

–Es por tu apetito, tía, asustas. Estás como loca. Te lo comes todo –dice. Me pone un mechón del flequillo tras la oreja. Baja el tono de voz–. Y a todos.

Me besa. Le beso. Me aparta.

–Y eres un puto demonio, ¡joder! ¡Vas a hacer que pierda la cabeza! ¿Te parece bien esto que haces? –pregunta mientras vuelve a acercarme a él para besarme en el cuello. Mete las manos por dentro de mi camiseta para estrujarme las tetas. Se baja el pantalón y me sube la falda.

–Te gusto, ¿verdad? Más que Silvia, ¿verdad? Dime que te gusta así, así. Dime que sabes que debo hacerlo, que soy tu siervo. Que lo hago por ti. Dime...

Héctor no se calla mientras me penetra.

Tiene tres años más que yo y le encanta que follemos en el cementerio. Es el primer hombre que no se avergüenza de decirme cualquier cosa para que me acueste con él. Yo me hago la sorprendida, la ingenua, la chica de sonrisa dulce y pícara que se jacta de todo. Que lo sabe todo. Y que todo le parece bien.

Igual hasta me lo creo. No sé. Esa tarde busco quién fue Tántalo.

Desde entonces, el monstruo mitológico habita en mí;

traga las series con gusto, pero no le sacian por mucho tiempo. Busco en mi entorno inmediato el resto de los componentes que acompañan a las escenas mágicas de la pantalla: el incienso, las velas, los ajos o los sapos. Me concentro en escuchar la melodía, entre tenebrosa y divertida, con la que erigen el escenario en el que romper la monotonía.

Y me la trago; cucharadita a cucharadita doy de comer al demonio, devoro las series como si consultase un catálogo de vidas apetecibles: ahora quiero tener una pareja coreana, ahora me apetece teñirme el pelo de rojo, ahora quiero ser psiquiatra. Es increíble la cantidad de cosas que la tele sabe que quiero.

El macuto, en cambio, me ancla a la terraza, a las mermeladas de pera caseras y caducadas del armario, a las cartitas a medio romper de Iberdrola, a los blísteres de pastillas vacíos, pero guardados en su cajita, a ella y sus manos gomosas cosiendo el bolso un día cálido, en la terraza. Sin banda sonora. Rebosante de magia.

Con cada respunte, la Termita narra parte de una historia triste y universal.

–Esconderte, esconderse, esconderse... Te puedes ocultar de muchas maneras, alguna funciona, siempre que te escondas *sola*. Nunca lles nada contigo. Si no, la única forma viable de desaparecer es disimular. Eso es. Finge incluso que te escondes.

Cuando se acaba el hilo, busca otro de color parecido, junta las hebras y con dos dedos las mezcla, girando la una junto a la otra.

–Puedes regalar cualquier cosa, claro. Incluso las que nadie entiende, una hija, tal vez.

Después, se muerde el labio inferior y le canta a un ojal.

–Eso es, esconde a la hija, regálasela a la víbora. Disimula.

Me parece escuchar algo más antes de que empiece la tormenta. La Termita se esconde de las nubes negras con el ceño fruncido. Saboreo el eco de sus últimas palabras antes de seguirla dentro. En la cocina, sus huesudos dedos repiquetean contra la mesa como patitas de cucarachas escondiéndose de la escoba. Como los mordiscos amortiguados del bicho en la madera.

Palizas. Humedad. Hambre.

–¿Qué haces ahí parada? Haz algo. Disimula.

Y yo obedezco. Llevo treinta y ocho años cumpliendo a rajatabla la orden de la Termita; por eso finjo: durante ocho horas y media de jornada soy B73, teleoperadora. Trabajo en ruegos y preguntas. Durante ocho horas y media escucho quejas, insultos, amenazas y alguna proposición poco decente:

Me estás jodiendo la vida.

Eres una puta ladrona.

¿No te da vergüenza trabajar ahí?

Zorra.

Te voy a matar, te voy a dar una paliza y te voy a violar, no importa el orden.

Me invento un nombre y un lugar: soy Isolda, le atiendo desde Málaga. Y durante esas ocho horas y media de mi tiempo contesto quejas, insultos y amenazas.

En ocasiones, hago proposiciones poco fiables:

Exacto. La nueva oferta resolvería su problema actual y le daría mejor servicio; si le parece, le paso con mi compañera de contratación.

Entre medias, como: abro un paquete de Donuts, lo mojo en el café y desvío la llamada. Trago patatas Ruffles al jaimón. Me despego con la lengua gominolas de meones y Jumpers de entre las muelas. Mis manos brillan, llenas de

grasa; las teclas del ordenador apenas son visibles de lo sucias que están. La diadema que llevo encajada en la cabeza se agarra al cuero cabelludo enredándose con las canas. La siento como una de las serpientes de Medusa, siseándome todo lo que he de oír durante la jornada. Mi lugar de trabajo se pega a mí.

Quien crea que, simplemente, puedo dejar de engullir, limpiarme más a menudo las manos y desencajar mi huella enquistada en la silla, se equivoca. Del macuto asoman regalices rojos, relucientes. Me reclaman, me los zampo.

Entre todos los tonos de llamada constantes, Isolda es amable, tiene una voz afectuosa y transmite confianza. Durante ocho horas y media, a cambio de 960 euros al mes, nos tienen. A Isolda. Y a mi mugre.